

# La política y la violencia en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo

Francisco Cortés Rodas

**M**aquiavelo es uno de los teóricos de la política más controvertido, admirado y odiado en todos los tiempos. Su obra fundamental, *El Príncipe*, ha sido considerada a lo largo de la historia de las más diversas formas. Quienes lo han odiado consideran que este libro no es más que un recetario de bellaquerías y atrocidades, y que Maquiavelo no es otra cosa que un hombre perverso que predicó la maldad, la traición y el engaño como características propias de la política, que justificó la violencia indiscriminada de los gobernantes contra sus gobernados y que legitimó la coacción estatal absoluta a partir del presupuesto de la maldad innata del ser humano. A Maquiavelo se lo ha hecho responsable de la justificación de actos inmorales cuando se llevan a cabo para apoyar al Estado en circunstancias de crisis; sobre él ha recaído el odio de los pueblos que han sufrido bajo el dominio de las tiranías. Se le ha presentado como un cínico total, un jesuíta político, un patriota apasionado, un nacionalista ardiente, un adulator carente de escrúpulos que buscaba el favor de los déspotas. Federico II, Rey de Prusia, lo calificó como “el enemigo de la humanidad”. En su *Antimaquiavelo* expresa: “Maquiavelo corrompió la política y se empeñó en destruir los preceptos de la sana moral. Siempre he considerado *El Príncipe* como una de las obras más peligrosas que se han propagado por el mundo (...) La trapacería y la perversidad de Maquiavelo se hallan esparcidas en esta obra como el appestoso olor de un vertedero que se propala al aire del entorno”.<sup>1</sup> Thomas Macaulay, el historiador y político inglés del XIX, comienza con estas palabras su ensayo sobre Maquiavelo:

---

1 Federico II de Prusia. *Antimaquiavelo o refutación del príncipe de Maquiavelo*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1995, pp. 10 y 27.

Dudamos que exista otro hombre, en la historia de la literatura, que sea tan universalmente odioso como el hombre cuyo carácter y cuyos escritos nos proponemos considerar aquí. Los términos en que se le describe comúnmente parecerían implicar que era el Tentador, el Principio del Mal, el descubridor de la ambición y la venganza, el inventor original del perjurio, y que, antes de que se publicara su desastroso *Príncipe*, no hubo jamás un hipócrita, un tirano, un traidor, una virtud simulada o un crimen conveniente (...) Con su nombre han acuñado un epíteto para el bribón, y de su nombre de pila han hecho un sinónimo para el Diablo.<sup>2</sup>

Voltaire lo llamó “el doctor del crimen”, también “el ponzoñoso Maquiavelo”; Shakespeare se refirió a él como el “sanguinario Maquiavelo” y Christopher Marlowe, en el prólogo del *Judío de Malta*, lo presenta como un diabólico engañador. Leo Strauss, quien lo denominó “el maestro del mal”, afirma que Maquiavelo “es el único pensador político cuyo nombre ha entrado en el uso común para designar un tipo de política guiada exclusivamente por consideraciones de conveniencia, que emplea todos los medios, justos o injustos, el acero o el veneno, para alcanzar sus fines”.<sup>3</sup> Para Jacques Maritain, la separación entre ética y política propuesta por Maquiavelo constituye el gran problema de su pensamiento. Este autor señala que la responsabilidad histórica de Maquiavelo, “radica en que él aceptó, reconoció y asumió como regla el *factum* de la inmoralidad política; y en que declaró que la buena política, es decir, la política que corresponde a su naturaleza y a sus verdaderos fines, es esencialmente una política sin moral”.<sup>4</sup> Una política sin moral, opinan Strauss y Maritain, es una política que ha corrompido desde la época de Maquiavelo a los políticos y a los teóricos de la política, desde Catalina de Medici hasta Hitler, pasando por Carlos V, Enrique IV, el Cardenal Richelieu y Napoleón I, quien dijo que “de todas las obras políticas que vale la pena su lectura, (...) la única es la de Maquiavelo”.<sup>5</sup>

Quienes lo han admirado, han dicho que *El Príncipe* es el primer tratado político del pensamiento moderno. La nueva ciencia política fue iniciada por Maquiavelo a

---

2 Thomas Macaulay. *Machiavelli*. Heidelberg, Manutius Verlag, 1994. Citado por Ernst Cassirer. *El Mito del Estado*. Santa Fé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 139.

3 Leo Strauss. “Nicolás Maquiavelo”. En: L. Strauss y J. Cropsey. *Historia de la Filosofía Política*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 286.

4 Jacques Maritain. “Das Ende des Machiavellismus”. *Frankfurter Hefte*. August/Okt, 1946. Citado por Herfried Münkler. *Machiavelli. Die Begründung des politischen Denkes der Neuzeit aus der Krise der Republik Florenz*. Frankfurt am Main, Fischer, 1984, p. 298.

5 Citado por Ernst Cassirer. *Op. cit.*, capítulo 10.

través de la diferenciación que establece entre la política y la religión. Para Bacon, lo más importante del pensamiento del político florentino lo constituye su afirmación de que la política tiene que orientarse, no por la idea de un deber ser, sino por la verdad política –*verità effettuale*–, es decir, por cómo las cosas son en el mundo y lo seguirán siendo en tanto haya hombres. Al respecto señala: “Debemos mucho a Maquiavelo y a otros escritores de esta clase, los cuales manifiestan o describen claramente y sin ficción lo que los hombres hacen, y no lo que debieran hacer”.<sup>6</sup>

Spinoza y Rousseau expresaron una gran admiración por el pensamiento de Maquiavelo y lo consideraron, ante todo, como un defensor de la libertad. En su *Tratado Político* Spinoza dice que “los medios que un Príncipe, cuyo único motivo es el afán de dominio, debiera emplear para establecer y mantener este dominio, el muy ingenioso Maquiavelo los ha expuesto extensamente; pero es difícil decir con que intención lo hizo. Tal vez deseaba indicar que una masa libre debiera ser muy precavida al confiar su bienestar absolutamente a un hombre solo, el cual tiene que sentir el permanente temor de las conjuras, y ello lo obliga a cuidar principalmente de su propio interés; y, en cuanto a la masa, más bien a conspirar contra ella que a consultarla sobre su propio bien. Y me siento tanto más inclinado a esta opinión relativa a este hombre tan previsor, cuanto que es sabido que era partidario de la libertad, para el mantenimiento de la cual, además, supo dar los más sanos consejos”.<sup>7</sup> Y en los *Escritos Políticos* Rousseau anota que “con el pretexto de enseñar a los reyes, instruyó realmente al pueblo. *El Príncipe* de Maquiavelo es en verdad el libro de los republicanos”.<sup>8</sup>

Hegel, que en su época juvenil “soñó en convertirse en un segundo Maquiavelo; en el Maquiavelo de su propio tiempo”,<sup>9</sup> encontró que había un exacto paralelo entre la vida pública alemana en el siglo XIX y la vida nacional italiana en el período de Maquiavelo. En un tratado inédito sobre la *Constitución de Alemania* afirma:

Del hondo sentimiento de la miseria general de Italia, del odio, el desorden y la ceguera, un político italiano concibió con fría circunspección la idea necesaria de la liberación de Italia por medio de su unión en un solo Estado. Carece de sentido tratar el desarrollo de una idea que se formó en la observación de las condiciones en que se encontraba Italia, como si fuera

6 Francis Bacon. *De argumentis scientiarum*. Libro VII, capítulo II, sección 10. Citado por Ernst Cassirer *Op. cit.*, p. 142.

7 Baruch Spinoza. *Tratado Político*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1990, capítulo V, sección 7.

8 Juan Jacob Rousseau. *Escritos Políticos*. Madrid, Alfaguara, 1980, p. 134.

9 Ernst Cassirer. *Op. cit.*, p. 146.

un sumario desinteresado de principios morales y políticos, aplicables a toda situación, y por ello aplicables a ninguna. Hay que leer *El Príncipe* tomando en consideración la historia de los siglos anteriores a Maquiavelo, y la historia de su tiempo; y entonces esta obra no sólo está justificada, sino que aparece como la verdadera concepción, elevada y magnífica, de un auténtico genio político, del más grande y más noble de los espíritus.<sup>10</sup>

Fichte destacó el realismo político del autor de *El Príncipe*. En su ensayo sobre Maquiavelo de 1807 consideró como un principio político fundamental la advertencia que hace Maquiavelo al gobernante, según la cual, todos los hombres son malos y pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente. Este principio, según Fichte, posee validez para cualquier doctrina del Estado y se constituye en el presupuesto de su existencia. Al respecto declara que "no es necesario que uno se pregunte si los hombres son o no son así como he dicho anteriormente; para decirlo brevemente, el Estado como un instrumento de coacción presupone necesariamente la maldad del humano, y sólo este presupuesto fundamenta el ser del Estado. *Das Dasein des Staats*".<sup>11</sup>

Para Carl Schmitt, Maquiavelo es el prototipo del pensador específicamente político porque parte de concebir la naturaleza humana como cosa problemática. En *El concepto de lo político* afirma que "todas las teorías políticas propiamente dichas, presuponen que el hombre es "malo", y lo consideran como un ser no sólo problemático sino "peligroso" y dinámico. Bastará con mencionar aquí el nombre de Maquiavelo".<sup>12</sup>

Ernst Cassirer considera que Maquiavelo es un técnico frío, no comprometido ni ética ni políticamente, un científico moralmente neutral. En *El Mito del Estado* señala que "Maquiavelo estudió y analizó los movimientos políticos con el mismo espíritu con que Galileo estudió, un siglo después, el movimiento de los cuerpos al caer. Fue el fundador de un nuevo tipo de ciencia de la estática y la dinámica políticas".<sup>13</sup> En la concepción de Maquiavelo, el Estado es completamente independiente, pero al mismo tiempo está completamente aislado. Al separar la moral de la política el Estado queda libre de todo tipo de valoración ética. En similar sentido Federico Chabod dijo que ese libro "nacido por impulso de una finalidad práctica

---

10 G.W.F. Hegel. "Die Verfassung Deutschlands". *Frühe Schriften*, Theorie Werkausgabe, Werke 1, Frankfurt/M., Suhrkamp, p. 461 y ss. Citado por Ernst Cassirer. *Op. cit.*, p. 145.

11 Citado por W. Kersting. *Niccolo Machiavelli*. München, C.H. Beck, 1988, p. 48.

12 Carl Schmitt. *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 1991, p. 90.

13 Ernst Cassirer. *Op. cit.*, p. 163.

inmediata, se convierte en la obra clásica de la teoría política, la obra en la cual, por primera vez desde que el mundo era cristiano, se afirma el principio de autonomía del quehacer político respecto de toda premisa y finalidad metafísicas, su autonomía respecto de las demás formas de actividad humana y, en primer lugar, respecto de la moral".<sup>14</sup> Dentro de esta tendencia, Wolfgang Kersting afirma que Maquiavelo despidió al normativismo ético del tratamiento de las cuestiones políticas e introduce en la literatura política un realismo político, separado de toda vinculación ética. Maquiavelo reemplazó el paradigma de las virtudes éticas de la formación del carácter, defendido por los humanistas y los autores de la Edad Media, por el paradigma técnico del experto, y con esto estableció que la ausencia de carácter moral es una condición del éxito de la acción política.

Para Herfried Münkler, Maquiavelo es el primer teórico de la política que conceptualizó el Estado, pues determinó, en contra del pensamiento político de la antigüedad y de la Edad Media, que éste no es más la instancia para la autorrealización o para la dirección teológica o moral, sino que es más bien un instrumento de coacción contra las inclinaciones destructivas del hombre.

Eric Voegelin cree que la clave de la interpretación de la ética de Maquiavelo radica en el reconocimiento del hecho elemental de que la existencia de los hombres está atravesada por conflictos de valores. Así, si uno considera como principio supremo de las acciones el tipo de moralidad que parte del principio platónico de que hacer el mal es peor que soportarlo, uno queda imposibilitado en la realidad de su vida para la realización de otros valores que, de todas formas, están incorporados en el ser del humano, como por ejemplo, la existencia de la comunidad y los valores realizables en ella. Puesto que el hombre es un ser social, sus acciones están sometidas por la responsabilidad que los efectos de su hacer puedan producir en los valores realizables en la vida de otros hombres. Según Voegelin, Maquiavelo nunca intentó fundamentar su moral en la necesidad, ni estableció como pretexto que sus consejos inmorales al príncipe fueran morales. Tampoco buscó fundamentar la idea de la justicia a partir del derecho del más fuerte, como lo hace la ética de Calicles que discute Platón en *El Gorgias*. En este diálogo se establece que "el poder crea derecho". Maquiavelo afirma, por el contrario, que el poder hace posible la consolidación del orden, la liberación de Italia y el honor del mundo, pero nunca caracteriza a esos valores como justicia y ética. El autor florentino es perfectamente consciente de que esos valores sólo pueden alcanzarse a través de acciones deshonestas e inmorales y

---

14 Federico Chabod. *Escritos sobre Maquiavelo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 218.

que, por tanto, necesitan de la justificación por medio de valores que sirvan a su realización.<sup>15</sup>

Isaiah Berlin afirma, desde una perspectiva similar, que Maquiavelo no separó la política de la moral. En el ensayo *La originalidad de Maquiavelo*, escrito en 1971, este autor señala que “lo que Maquiavelo distingue no son los valores específicamente morales de los específicamente políticos; lo que logra no es la emancipación de la política de la ética; lo que instituye es una diferenciación entre dos ideales de vida incompatibles, por lo tanto dos moralidades. Una es la moral del mundo pagano con sus valores, otra es la moral cristiana con sus ideales de cristiandad”.<sup>16</sup> Para Berlin no hay conflicto entre las esferas autónomas de la moral y la política, pues el conflicto es entre dos moralidades: la cristiana y la pagana. Y este conflicto se presenta porque los valores que predica la moral cristiana, con sus ideales de cristiandad, se convierten en obstáculos insuperables para construir la clase de sociedad que Maquiavelo supone natural para todos los hombres normales; la clase de comunidad que satisface los intereses y deseos permanentes de los hombres.

Con esta tesis Berlin establece que a los ideales políticos les corresponden unos determinados valores políticos. Si un hombre está interesado en los asuntos públicos, en la seguridad, en la independencia, en el éxito, en la gloria, en la felicidad sobre la tierra y no en el cielo, en el mundo real y no en uno imaginario, entonces, el código predicado por la iglesia cristiana no operará. El hombre político tiene que actuar de acuerdo con lo que demanda la política, pues “la conducta política es intrínseca al ser humano en cierto estadio de la civilización, y lo que demanda es propio del vivir una vida humana de buen éxito. Así pues, la moralidad de Maquiavelo es social, no individual. Pero es una moralidad, no una región amoral más allá del bien y del mal”.<sup>17</sup>

Las recomendaciones de Maquiavelo a los gobernantes para que recurran a medidas excepcionales y despiadadas, a la fuerza, a la superchería, a la astucia, a la crueldad, a la traición y a la matanza de inocentes, con el fin mantener y conservar el Estado, infringen la moralidad corriente y algunas de estas medidas pueden ser incluso delitos. Pero, la pregunta que se debe formular es: si quebrantan esta moralidad y pueden ser delitos ¿en qué sentido se puede decir que la justifican?

---

15 Véase: Eric Voegelin. *Die spielerische Grausamkeit der Humanisten. Niccolo Machiavelli und Thomas Morus*. München, Wilhem Fink Verlag, 1995, p. 61 y ss.

16 Isaiah Berlin. “La originalidad de Maquiavelo”. En: *Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas*. México. Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 106.

17 *Ibíd.*, p. 117.

Berlin habla de una justificación que se consigue en función de los valores políticos mismos. Esta opinión la presenta también Voegelin. Así, los dos apelan a que se entienda que Maquiavelo no está preocupado por el oportunismo de individuos ambiciosos, que no es un defensor de déspotas o tiranos. Cassirer, por el contrario, dice que *El Príncipe* es un libro técnico y que en él no se encuentra ninguna justificación del empleo del poder. La idea de que el gobernante debe respetar el bien común y actuar en función del bien común, no puede ser determinada en el pensamiento de Maquiavelo. En este sentido, Cassirer afirma que “el gobernante debe respetar este bien común. Pero ¿dónde se encuentra esta reserva mental?”<sup>18</sup>

Hannah Arendt afirma que el gran problema del concepto de la política de Maquiavelo consiste en que en él se justifican todos los medios y, particularmente, los medios violentos, para alcanzar el fin supremo político, que es el acto de fundación de una república o de un principado. La justificación de la violencia en función de la necesidad de la unificación del Estado, le permite a Arendt considerar a Maquiavelo como un consejero de la tiranía.<sup>19</sup>

Las preguntas que quiero plantear en este ensayo apuntan a aclarar las relaciones entre la moral y la política, y entre la legitimación del Estado y la necesidad de la violencia en el pensamiento de Maquiavelo. Específicamente, las preguntas a desarrollar son las siguientes: ¿son justificables las recomendaciones dadas en *El Príncipe* a los gobernantes para que recurran a medidas excepcionales con el fin de garantizar los intereses del Estado? O acaso, ¿la esfera de la política no puede obtener ningún tipo de justificación porque es una técnica? Si en la concepción de Maquiavelo no hay un límite para la acción del Estado, si desde la perspectiva de la moral no es posible trazarle límites a la política, entonces, ¿cómo sería posible evitar que el mandatario se convierta en un dictador absoluto? ¿Está Maquiavelo realmente recomendando la tiranía como forma de gobierno mediante su propuesta de diferenciación de los ámbitos de la política y la moral?

La respuesta a las anteriores preguntas es compleja y requiere una extensa matización de los argumentos de nuestro autor sobre la concepción del hombre, de la historia, de los fines del Estado y del problema de la utilización de la violencia para conseguir la unificación del Estado. Pero antes de avanzar en la respuesta a estas preguntas, presento algunas tesis centrales del pensamiento de Maquiavelo.

18 Ernst Cassirer. *Op. cit.*, p. 168.

19 Véase: Hannah Arendt. “¿Qué es la autoridad?” En: *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona, Península, 1996, p. 148 y ss.

## 1. El concepto de lo político

Para Maquiavelo el problema fundamental de la política es cómo mantener el poder del Estado. En esto siguió a los grandes escritores romanos, a Cicerón y a Tito Livio, y a los grandes estadistas del pasado, a Moisés, Salomón, Filippo, Alejandro de Macedonia, Rómulo, Teseo, Ciro y Pericles, quienes pensaron que los hombres buscaban en la política la satisfacción y la gloria provenientes de la creación de un todo social fuerte y bien gobernado. Maquiavelo es tan escéptico como lo fueron Platón y Aristóteles con respecto a la posibilidad que tiene el hombre de mejorar mediante la enseñanza moral, y pensó, por tanto, que el político debe actuar según convenga a las circunstancias y al dominio de las mismas. Si los hombres fuesen buenos, la política consistiría en el ejercicio exclusivo del bien. Pero, como los hombres son egoístas, codiciosos y ambiciosos, la política tiene que consistir en actuar con la fuerza, como una bestia. En *El Príncipe*, Maquiavelo afirma que en la política es necesario ser zorra para conocer las trampas y león para atemorizar a los lobos.<sup>20</sup> En el mundo de la política es inevitable el uso de la violencia y la elección del mal, para poder sojuzgar a los hombres y alcanzar los fines que se proponga el Estado. Esto quiere decir, y es importante aclararlo para evitar equívocos, que en el campo público de la política los hombres no deben aprender a ser malos, sino que tienen “que aprender la manera de no ser buenos”.<sup>21</sup> La bondad y la maldad son asuntos de la moral privada, cosas que a él, como filósofo de la política, nunca le interesaron.<sup>22</sup>

Cuando un hombre elige comprometerse con las tareas políticas implicadas en la construcción de un Estado, sus acciones no son ni buenas ni malas, pues los valores de la moral individual no cuentan aquí. La esfera de la política es gobernada de manera diferente a como es dirigida la esfera de la moral privada. El fin excusa los medios pues, como afirma una de las más famosas máximas de origen maquiavélico, “no se puede hacer una mesa sin destruir árboles, no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, no se puede hacer una república sin matar gente”.<sup>22</sup> Cuando se trata de proteger los intereses básicos de la sociedad en una situación específica y es necesario actuar con crueldad, “con ignominia o con gloria” el gobernante tiene que hacerlo. En el capítulo cuarenta y uno del tercer libro de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo anota, entonces, que “no se debe guardar ninguna

---

20 Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe*. Madrid, Cátedra, 1995, capítulo 18.

21 *Ibid.*, capítulo 15.

22 Véase: Hannah Arendt. *Op. cit.*, p. 151.



consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso; si no que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad”.

La política para Maquiavelo descansa en una visión pesimista de la naturaleza humana. Frente a la concepción político-religiosa dominante en la cultura renacentista, que defiende una imagen positiva del hombre, Maquiavelo propone una imagen oscura y siniestra de lo humano. Así, mientras que Nicolás de Cusa, Marsilio Ficino y Giovanni Pico della Mirandola enaltecen al hombre como un ser que está por encima del orden natural en virtud de su libertad, Maquiavelo asume que el hombre es egoísta, ambicioso y codicioso por naturaleza, y que su egoísmo, ambición y codicia lo llevan a favorecer su propia existencia y bienestar, hasta el punto de hallarse dispuesto a sacrificar todo cuanto no sea él, someter y dominar a todos los demás hombres y cosas para asegurar su propia existencia. La amplia experiencia política como diplomático de la corte florentina y los estudios históricos, alejan a Maquiavelo de aquella concepción humanista que afirmaba la superioridad del hombre, como ser libre, frente a los demás seres de la naturaleza. Con su concepción del hombre, pesimista y tortuosa, asume una decisiva posición crítica contra el humanismo renacentista y establece las bases fundamentales de una visión realista de la política y de una concepción moderna del Estado.<sup>†</sup>

Maquiavelo considera que para construir una teoría positiva del Estado y de la política, es necesario partir de los presupuestos elementales y de las ideas específicas de la política. Uno de los más importantes de estos presupuestos señala que para poder justificar la autoridad estatal absoluta es necesario partir del axioma que afirma la maldad natural del hombre. De este modo, al abordar el problema del comportamiento que debe asumir el gobernante, Maquiavelo afirma que si los hombres fuesen todos buenos, el príncipe debería mantener la palabra dada, “pero como son malos y no mantienen lo que te prometen, tu tampoco tienes por qué mantenérselo a ellos”.<sup>23</sup>

Maquiavelo señala, además, que para el gobernante es mejor ser temido que amado, “porque de los hombres en general se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos mientras no los necesitas; pero cuando llega el momento te dan la espalda”. Por esto es mejor que el príncipe “se haga temer de manera que si no se gana el amor, evite el odio”.<sup>24</sup>

23 Nicolás Maquiavelo. *Op. cit.*, capítulo 18.

24 *Ibid.*, capítulo 17.

El pesimismo que Maquiavelo expresa sobre el hombre es el resultado de la compleja e insidiosa situación del hombre en la historia y, al mismo tiempo, es el presupuesto lógico y sistemático para legitimar la idea de un Estado fuerte, coactivo y represivo. Maquiavelo supone que el hombre no es por naturaleza apto para la política ni para la vida social. Al hombre hay que doblegarlo, hay que someter su carácter natural para conseguir su disposición para la vida política. La función del Estado radica, precisamente, en conseguir este propósito, es decir, en hacer que el hombre no actúe según sus disposiciones naturales, sino según los criterios que hacen posible la vida en común. En el primer libro de los *Discursos* anota que “como demuestran todos los que han meditado sobre la vida política y los ejemplos de que está llena la historia, es necesario que quien dispone una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente; y aunque alguna maldad permanezca oculta por un tiempo, por provenir de alguna causa escondida que, por no tener experiencia anterior, no se percibe, siempre la pone al descubierto el tiempo, al que llaman padre de toda verdad”.<sup>25</sup>

El pesimismo antropológico, expresado por Maquiavelo en sus obras más importantes, es el presupuesto lógico y sistemático del Estado moderno, es decir, de aquella institución que por medio de la coacción y la violencia, asegura y garantiza la vida en común, en condiciones de respeto mutuo y seguridad sobre los bienes y la vida. Desde el punto de vista de Maquiavelo, el principio del cual se debe partir para construir un Estado es aquel que afirma la maldad natural del hombre. No hacerlo conduce a la sociedad al fracaso y a la destrucción. En este sentido, todos aquellos que desconocen este punto de partida son idealistas pues, olvidando las verdades auténticas sobre lo que es la política -*verità effettuale*-, se han imaginado un *deber ser*, una república ideal, que puede servir de consuelo para los hombres cuando se conciben como ángeles y como almas bellas, pero que no sirve de nada si se considera a los hombres verdaderamente como son y, por tanto, no sirve de nada cuando se trata del problema de la construcción o del mantenimiento del Estado.

Así como San Agustín, Moro, Ficino y Pico della Mirandola en la filosofía política, como Savonarola y Piero Soderini en la política práctica, “muchos se han imaginado”, escribe Maquiavelo, “repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien

---

<sup>25</sup> Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid, Alianza, 1987, libro 1, capítulo 3.

su ruina que su salvación. Porque un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y a utilizar o no este conocimiento según lo necesite”.<sup>26</sup>

Con esta nueva concepción de la política, que Maquiavelo fundamenta en los albores de la modernidad, se trata de separar y diferenciar el ámbito de la ética del campo de la política, es decir, de alejar los asuntos de la moral privada de los asuntos concernientes a la organización pública. Mezclar las exigencias de la moral privada, contenidas en los valores de la moral cristiana y estoica del hombre bueno, con los valores que exige la acción política, conduce a la confusión y al fracaso en la política. Gobernar las sociedades a la luz de lo que en sentido de la moral privada se considera bueno, es decir, practicar en la política los valores de la liberalidad, la misericordia, el honor, la franqueza, la solidaridad y la religión, salva el alma del gobernante, pero conduce a la ruina de las sociedades.

Un príncipe no puede observar todo lo que hace que los hombres sean tenidos por buenos, ya que a menudo se ve forzado para conservar el Estado a obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias se lo exijan, y como ya dije antes, no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario (...). Procure pues el príncipe ganar y conservar el Estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos; ya que el vulgo se deja cautivar por la apariencia y el éxito, y en el mundo no hay más que vulgo.<sup>27</sup>

En su teoría de la política se trata de fundamentar el por qué no se debe poner límites a la acción del Estado desde la esfera de la moral. Para Maquiavelo el problema fundamental de la política es crear orden y establecer las condiciones para la seguridad de todos aquellos que conforman una comunidad política. En este sentido, resulta inaceptable que los fines políticos que el gobernante, el príncipe o la república, tiene que alcanzar, tengan que ser sometidos a algún tipo de crítica moral o religiosa. Para Maquiavelo, los límites de la acción del Estado se definen en función de las posibilidades del Estado para alcanzar sus propósitos políticos fundamentales y, por tanto, no acepta que los límites de la acción política sean trazados desde una esfera externa a ella. El límite de la acción estatal lo traza la capacidad del gobernante de conservar la unidad del poder soberano en el Estado: si mantiene el Estado es un buen gobernante, si no lo hace es un fracaso.

---

26 Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*. *Op. cit.*, capítulo 15.

27 *Ibid.*, capítulo 18.

Esta afirmación la ilustra a partir de la comparación entre las acciones políticas de creadores de nuevos Estados como Filipo de Macedonia, David y Fernando el Católico; y de políticos fracasados como Piero Soderini. En *El Príncipe*, Maquiavelo señala que “Fernando el Católico, no predica más que paz y lealtad, cuando de la una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlas observado, le habrían arrebatado o la reputación o el Estado”.<sup>28</sup> Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, para crear un Estado llevaba a los hombres de una provincia a otra como los pastores llevan su ganado. David, apunta en *Los Discursos*, “siendo él un príncipe nuevo, cambió todo de nuevo, instituyendo en la ciudad nuevas formas de gobierno con nuevos nombres y autoridades con nuevos hombres, haciendo a los ricos pobres y a los pobres ricos; edificando nuevas ciudades y destruyendo las edificadas”.<sup>29</sup> Por el contrario, Soderini, el gonfaloniero vitalicio de Florencia y amigo de Maquiavelo, modelo del político moral, creía que podía vencer con su paciencia y su bondad las ambiciones y el deseo de poder de sus enemigos -la casa de los Medici y la aristocracia terrateniente-, de restaurar otro tipo de gobierno, y se equivocó. Soderini sabía, por su prudencia, que para derrotar a sus adversarios le sería necesario hacerse con una autoridad extraordinaria y romper con las leyes la igualdad civil. Sin embargo, no quiso hacerlo por respeto a la ley y al derecho. Su error consistió, dice Maquiavelo, en no darse cuenta de que la maldad no se doma con el tiempo ni se aplaca con los beneficios y, por esto, Soderini perdió, junto con su patria, el gobierno y la reputación. Así pues, la conclusión de Maquiavelo es que si no se diferencia claramente el mundo de la moralidad personal y el de la organización pública se fracasa políticamente. Y para no fracasar políticamente es necesario proceder tal y como lo hicieron los grandes héroes, que Maquiavelo tipifica cuando afirma que los procedimientos del uso de la fuerza, la astucia, el engaño, la traición, la matanza de inocentes, la violación de los derechos “son muy crueles, y hacen ingratos a todo gobierno, no sólo cristiano sino humano, y todo hombre debe evitarlos y preferir vivir una vida privada que ser un rey que comporta tal ruina sobre los hombres. Sin embargo, un gobernante que no desee tomar ese camino del gobierno legal, si desea mantenerse, debe entrar en esta mala senda”.<sup>30</sup> Si un hombre toma el camino de la política no puede orientar sus acciones a partir de la moral, porque conducirá su gobierno al fracaso. Quien haya elegido el mundo de la política tiene que aprender a no ser bueno y debe utilizar o no este conocimiento según lo necesite.

---

28 *Idem*.

29 Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. *Op. cit.*, libro 1, capítulo 26.

30 *Idem*.

Frente a esta cruda y despiadada concepción de lo que es la política es posible sostener que el límite del poder del gobernante no puede depender solamente de su capacidad para mantener la unidad estatal. No se puede aceptar, como escribe Hannah Arendt, la sugerencia de Platón de recomendar la tiranía como gobierno, porque en ese sistema “es posible que el cambio se haga con mayor facilidad y rapidez”.<sup>31</sup> Si no hay un límite para la acción del Estado, si desde la perspectiva de la moral no es posible trazar límites a la política, entonces, ¿cómo sería posible evitar que el mandatario se convierta en un dictador absoluto? Antes de presentar la respuesta del florentino a esta pregunta, voy a exponer sus opiniones sobre la historia y sobre los conceptos de *virtud* y fortuna.

## 2. La doctrina de la historia y su función en la política

Según Arendt, la justificación de la violencia en función de la necesidad de unificar al Estado, permite afirmar que Maquiavelo no es un sucesor de la tradición romana del republicanismo clásico, sino más bien, un predecesor de la organización política moderna del Estado-Nación. Esta crítica de Arendt es muy problemática porque desconoce el significado que tiene la historia para la política en la obra de Maquiavelo. La lectura de Arendt es el resultado de una comprensión unilateral del pensamiento político de Maquiavelo, y esta unilateralidad radica en el hecho de considerar que su única obra de política es *El Príncipe*, y juzgar además este libro, como un conjunto de consejos prácticos dados a cualquier gobernante que quiera mantenerse en el poder. Decir que Maquiavelo es un “experto” que aconseja cómo se puede alcanzar el poder, sin preguntar por el contenido de este poder, es malinterpretar su pensamiento.

El estudio de la historia de la antigua Roma es una de las fuentes primordiales del pensamiento político de Maquiavelo. Volver la mirada a la antigüedad, a Asiría, Media, Persia, Atenas y a Roma, le permitió recuperar en la historia fuentes de autoridad política que podrían ser fecundas para la Italia de su tiempo y para volver a tener la libertad de la que gozó en su época clásica. Roma es para Maquiavelo, un modelo de la acción política que debe ser imitado, pues esta imitación puede tener un efecto curativo contra la corrupción y la degeneración ética y política de los Estados. El fin del estudio de la historia para la política es obtener, a través de una observación precisa de los hechos políticos de la antigüedad, los principios de acción que tuvieron el efecto de hacer poderosas a las grandes ciudades y Estados, y utilizar

---

31 Véase: Hannah Arendt. *Op. cit.*, p. 151.

estos principios en el presente. Siguiendo los procesos de transformación de las ciencias naturales en el renacimiento, que buscaban descubrir las leyes naturales que determinaban el encadenamiento causal de los fenómenos físicos, Maquiavelo propuso, en su concepción de la historia, la idea de la regularidad y necesidad de los sucesos históricos. Para realizar este propósito, abandona el contenido simbólico trascendental de la concepción teológica de la historia y rechaza toda intervención divina en el curso de los acontecimientos humanos. Esta propuesta abrió la posibilidad de una explicación causal de los hechos históricos, que no recurre ya a la inaccesible voluntad divina, sino a la naturaleza humana, a sus comportamientos y sus acciones. La explicación de la historia en términos de necesidad y regularidad le permite a Maquiavelo responder la pregunta por el contenido pragmático que tiene para la política el estudio de la historia. En términos de Maquiavelo, la historia explicada y concebida sin recurrir a una intervención divina, puede capacitar al político para obtener máximas y principios de acción que aseguren el éxito de sus acciones.

En el *proemio* del libro I de los *Discursos*, el escritor florentino se pregunta por el sentido del estudio de la historia para la política. En él señala que este estudio consiste en el discernimiento de cómo en los reinos y repúblicas antiguas, los reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores y demás hombres que trabajaron por su patria, realizaron valiosísimas acciones, que deben ser imitadas, para fundar sus repúblicas, mantener sus Estados, gobernar sus reinos, organizar sus ejércitos y llevar a cabo la guerra. La utilidad del estudio de la historia para la política consiste en aprender a conocer las regularidades y repeticiones de las acciones humanas; regularidades que se basan en la invariabilidad de la naturaleza humana. “Así como el cielo, el sol, los elementos no han variado sus movimientos, su orden y sus potencias desde los tiempos antiguos, así tampoco los hombres los han modificado”.<sup>32</sup> Las regularidades y repeticiones de las acciones humanas en la historia se basan, pues, en la invariabilidad de la naturaleza humana, la cual está determinada por el egoísmo, la ambición y la codicia. Estas regularidades y repeticiones suceden porque, “siendo obra de los hombres, que tienen y tendrán siempre las mismas pasiones, conviene necesariamente que produzcan los mismos efectos”.<sup>33</sup> La invariabilidad de las pasiones determina, por consiguiente, repeticiones en la forma de la historia. De este modo, el político-príncipe o república- debe recurrir al ejemplo de los antiguos, así como hacen el jurisconsulto y el médico, que para solucionar un determinado problema recurren a

---

32 Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Op. cit., libro 1, proemio.

los remedios que los antiguos juzgaron convenientes y ordenaron. En el arte, la medicina y la jurisprudencia es aceptada la capacidad modélica del mundo antiguo sin mayores problemas; pero cuando se trata de la imitación de una república, los hombres consideran la imitación como algo imposible. “Esto procede en mi opinión, no tanto de la debilidad a que ha conducido al mundo la presente religión, o del mal que el ocio y la ambición han causado en muchas provincias y ciudades cristianas, como de no tener verdadero conocimiento de la historia, y de no extraer, al leerla su sentido, ni gozar del sabor que encierra”.<sup>34</sup> El político debe seguir, entonces, los modelos más destacados de la antigüedad, porque la invariabilidad de la naturaleza humana y la regularidad de las acciones humanas le imponen a la historia un ritmo cíclico en el cual se reflejan las posibilidades de desarrollo y las posibilidades del comportamiento características del hombre.

Se ve fácilmente, entonces, si se consideran las cosas presentes y las futuras, que todas las ciudades y todos los pueblos tienen los mismos deseos y los mismos humores, y así ha sido siempre. De modo que, a quien examina diligentemente las cosas pasadas, le es fácil prever las futuras en cualquier república, y emplear los remedios empleados por los antiguos, o si no encuentra ninguno usado por ellos, pensar unos nuevos teniendo en cuenta la similitud de las circunstancias. Pero como estas consideraciones son olvidadas o mal entendidas, o, aunque entendidas no son conocidas por los que gobiernan, se siguen siempre los mismos desórdenes en todas las épocas.<sup>35</sup>

La enseñanza que da la historia aumenta el potencial de racionalidad de las acciones, pues a través de su estudio es posible obtener de épocas históricas distintas, con características constantes y fines análogos, las reglas sobre los efectos de las acciones que debe aplicar el político para obtener una acción más racional. El fracaso de la política en la Italia del dieciséis, “sin cabeza, sin orden; vencida, expoliada, desgarrada, ocupada”, consiste, según nuestro autor, en “que no se encuentra príncipe ni república que recurra a los ejemplos de los antiguos”, porque no se tiene un “verdadero conocimiento de la historia”.<sup>36</sup> Esta fue, precisamente, la experiencia de Maquiavelo como diplomático y como profundo conocedor de los hechos pasados, y por eso el propósito fundamental que se planteó en su obra consistió en cómo sacar a los hombres de este error.

---

33 *Idem.*

34 *Idem.*

35 *Ibid.*, libro 1, capítulo 39.

36 Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe*. *Op. cit.*, capítulo 26.

### 3. Virtud y fortuna

El capítulo XXV de *El Príncipe* comienza con estas palabras: “Ya sé que muchos han creído y creen que las cosas del mundo están hasta tal punto gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su inteligencia no pueden modificarlas ni siquiera remediarlas; y por eso se podía creer que no vale la pena esforzarse mucho en las cosas sino más bien dejarse llevar por el destino”. Para Maquiavelo las interpretaciones de la historia representadas por humanistas y autores de la Edad Media, que suponen una inexorable necesidad de los acontecimientos humanos, expresan una paralización de la acción y tienen como efecto la confirmación de la creencia en el destino. La interpretación teológica de los acontecimientos históricos supone la presencia de Dios en la historia y determina que ésta sea inaccesible para los seres humanos, pues la causalidad de la presencia divina en la historia no puede ser controlada por el hombre. Maquiavelo rompe con esta concepción y, junto con otros autores del renacimiento, inicia el proceso de secularización del pensamiento histórico al sacar a la historia del plan salvador divino y convertirla en un asunto humano. El conocimiento exacto de las leyes históricas brinda a los hombres la posibilidad de imponer sus propios fines y propósitos en la historia. Solamente el hombre que ha estudiado y observado la regularidad interna del curso de la historia está en capacidad de hacer valer sus propios fines en la historia. El conocimiento de la regularidad y necesidad de la historia le permite al hombre eludir, aunque sea parcialmente, la fatalidad de su destino. En este sentido, se puede afirmar que “el dominio de la historia por medio del conocimiento de su regularidad”, es la fórmula que permite resumir el programa teórico y práctico de Maquiavelo.<sup>37</sup>

Sin embargo, el conocimiento de la regularidad en la historia no es la única condición para que el político pueda hacer valer sus propios fines y propósitos. Para conseguir el éxito es necesaria, también, la *virtud* del actor político. En el capítulo XXV de *El Príncipe*, Maquiavelo compara a la fortuna con “uno de esos ríos impetuosos que cuando se enfurecen inundan las llanuras, destrozan árboles y edificios, se llevan tierra de aquí para dejarla allá”. La equipara también con la mujer, que para doblegarla hay que “arremeter contra ella y golpearla”. La fortuna, como mujer, es amiga de los hombres impetuosos, de los jóvenes, “porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia”. En los *Discursos* usa otra metáfora; allí la coteja con una red que funciona como un marco en el cual se dan las acciones, pero que no puede ser transgredido: “los hombres pueden secundar a la fortuna, pero no oponerse a ella, pueden tejer sus redes, pero no romperlas. Sin embargo, jamás deben

---

37 Herfried Münkler. *Op. cit.*, teil 3.



abandonarse, pues como desconocen su fin, y como la fortuna emplea caminos oblicuos y desconocidos, siempre hay esperanza, y así, esperando, no tienen que abandonarse, cualquiera que sea su suerte y por duros que sean sus trabajos”.<sup>38</sup>

Maquiavelo establece una medida aproximada entre el poder de la fortuna, que es árbitro de la mitad de nuestras acciones, y la *virtud*, que controlaría la otra mitad. Gracias a esto, es decir por la existencia de la *virtud*, los hombres pueden tomar precauciones con el fin de resistir y contrarrestar el poder de la fortuna. Para Maquiavelo la acción política es siempre una contraposición entre la *virtud* y el poder de la fortuna, una medida de fuerzas entre la destreza subjetiva del actor y el poder del misterioso acaso. Para poder dominar el poder de la fortuna se requiere valor, energía vital, fuerza de acción, astucia, conocimiento de la regularidad del curso de los acontecimientos históricos, capacidad de liderazgo, carisma, y sobre todo se requiere de la capacidad pragmática para reconocer en cada situación lo que se debe hacer y realizarlo en forma consecuente. Esas propiedades y capacidades, con las que se puede enfrentar los ataques de la fortuna, son aquello que Maquiavelo denomina *virtud*.

Como ya se señaló, el autor de *El Príncipe* supone una concepción cíclica de los acontecimientos históricos, en la cual hay fases de ascenso de la anarquía hacia el orden republicano y de descenso de la república hacia la crisis política. Estas fases del curso de la historia no están determinadas por un plan divino externo a la historia, sino que son el resultado de la contraposición entre la capacidad de acción del sujeto político y el poder del destino, es decir, entre la *virtud* y la fortuna. Su idea de la historia no es pesimista u optimista, y tampoco representa un determinismo histórico. Maquiavelo piensa que la caída de un Estado bien organizado es inevitable, así como lo es la superación de la situación de crisis. “La fase de la caída es un momento de descenso continuo de la *virtud* y de ascenso del poder de la fortuna”,<sup>39</sup> y la fase de superación de la crisis es un momento de ascenso de la *virtud* y de descenso del poder de la fortuna. Allí donde la corrupción toma su lugar, donde no valen ni las leyes del derecho ni las reglas de la moral, donde se impone el poder del más fuerte, donde se pervierten los usos y costumbres morales, es decir, allí donde no hay posibilidad alguna para la construcción de un orden político, reina de forma absoluta el poder de la fortuna, “pues donde los hombres tienen poca virtud, la fortuna muestra más su poder”.<sup>40</sup>

38 Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Op. cit., libro 2, capítulo 29.

39 W. Kersting. Op. cit., p. 67.

40 Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Op. cit., libro 2, capítulo 30.

Pero así como la caída de una república es inevitable, lo es también la salida de la situación de crisis. En este sentido, la caída de una sociedad en la anarquía y la corrupción no conduce a una situación insuperable para esta sociedad. Por el contrario, en la fase de superación de la crisis crece de nuevo la influencia de la *virtud*. Sólo allí aparece el hombre virtuoso, el héroe político fundador y creador del orden, que es capaz de someter al caos para fundar y mantener la república. Esta concepción cíclica de la historia deja un amplio espacio para la construcción racional; y ésta sólo se puede realizar gracias a la *virtud* ordenadora que poseen algunos hombres, los hombres virtuosos. La política para Maquiavelo tiene sus propias reglas que deben ser dominadas si se quiere alcanzar el fin que se busca conseguir. Por esto, la propiedad más importante de la acción política es la capacidad para alcanzar el éxito, y éste se alcanza mediante el dominio del poder de la fortuna por medio de la *virtud*.

#### 4. El poder y la violencia

¿Pueden una república o un príncipe, sin valerse de la violencia, mantener el orden y la seguridad en una sociedad determinada? Para el diplomático florentino, el filósofo político no puede responder al problema de la violencia negando la existencia de la violencia en la política. En este sentido, es completamente falso afirmar, como lo hace Hannah Arendt, que el gran problema de la teoría política de Maquiavelo consiste en que en ella son justificados todos los medios y, particularmente, los medios violentos, para conseguir la fundación de una república o de un principado. Es cierto que Maquiavelo acepta el uso de la violencia en algunos casos, pero lo rechaza, precisamente, cuando ella se utiliza para consolidar gobiernos tiránicos. El argumento político de Maquiavelo se entiende de manera equivocada, cuando se afirma que su justificación de la necesidad de la violencia en la política presupone un compromiso ineludible con las formas de gobiernos tiránicas y despóticas. Una comprensión adecuada supone, por tanto, diferenciar la justificación de la necesidad de un Estado fuerte, como el que intentó construir César Borgia, de el rechazo a los gobiernos tiránicos, como el de los Tarquinos, el de Dionisio II de Siracusa y el de Pisístrato. Para desarrollar esta diferenciación es importante presentar, inicialmente, dos interpretaciones sobre la relación entre la moral y la política en el pensamiento de Maquiavelo.

La interpretación más corriente y representativa, defendida entre otros por Bacon, Fichte, Chabod, Cassirer, Münkler y Kersting, asevera que *El Príncipe* se convirtió en la obra clásica de la teoría política, porque allí se establece, por primera vez en los inicios de la modernidad, el principio de autonomía del quehacer político respecto de las demás formas de actividad humana y, en particular, respecto de la moral. Esta interpretación, que denominaremos la tesis de la autonomía de la política,

sostiene que Maquiavelo introduce en la literatura política un realismo político desvinculado de toda consideración ética. La otra interpretación, defendida entre otros por Berlin y Voegelin, afirma, por el contrario, que Maquiavelo no separó la política de la moral y que es falso partir de este supuesto para entender al político florentino. Maquiavelo, dice Berlin, no busca la emancipación de la política de la ética; lo que establece es una diferenciación entre dos moralidades: la del mundo pagano, con sus valores más terrenales, y la moral cristiana, con sus ideales de cristiandad. A esta interpretación la denominaremos la tesis de la moral social.

Frente al problema de la justificación de las recomendaciones excepcionales que Maquiavelo da al gobernante para restaurar el cuerpo político -recomendaciones que en algunos casos pueden violar la moralidad corriente y ser incluso delitos-, encontramos, según estas dos interpretaciones, las siguientes alternativas. De la tesis de la autonomía de la política se puede deducir que las acciones políticas necesarias para crear o conservar un Estado, aunque sean delitos y violen cualquier moralidad, se justifican como medios que deben ser considerados solamente en relación con los fines. La crueldad puede ser una acción reprobable moralmente y debe ser rechazada por principio. Sin embargo, en el discurso político es solamente un medio que debe ser considerado en su finalidad y en relación con la situación dada. Una primera consecuencia de esta tesis es la diferenciación entre los ámbitos de acción y entre las respectivas condiciones de validez: al ámbito de la moral le corresponde, como condición de validez, el mundo del valor. Al ámbito de la política le corresponde, como condición de validez, la eficiencia pragmática que se mide en la relación medios-fines. La segunda consecuencia de esta tesis es la afirmación de que los valores políticos poseen un valor más alto que los valores de la moral.

La tesis de la moral social tiene otra respuesta para el problema planteado. Sus defensores afirman que las acciones políticas, que solamente se pueden alcanzar a través de acciones deshonestas e inmorales, requieren de una justificación por medio de valores que sirvan a su realización, es decir, por medio de valores políticos. Esta tesis descansa en la idea de que la moralidad de Maquiavelo es social y no individual. Maquiavelo considera que las virtudes del hombre bueno, propias de la moral cristiana y estoica, son un obstáculo para construir una sociedad políticamente fuerte y, por eso, recurre a la moral pagana, es decir, a un tipo de moral que considera que el más alto valor es el bienestar de la patria y, para la realización de este valor tiene que sacrificarse todo bienestar personal y toda meta individual. A Maquiavelo le interesa el hombre político y la ética política, no el hombre moral y la ética cristiana. Así, de cara al conflicto entre las alternativas representadas por los sistemas de valores de la moralidad personal y de la organización pública, Maquiavelo afirma, según la tesis de la moral social, que quien elige el camino de la política debe suprimir sus escrúpulos privados y quien

escoge el camino de la moral privada tiene que abandonar toda esperanza de hacerse responsable de la vida de otros. El que opta por la vía de la política tiene que estar dispuesto a usar los métodos que sean necesarios para obtener buenos resultados, y tiene que saber que la calificación de “buenos” no está determinada por la escala valorativa de la moral cristiana o estoica, sino por una moralidad “secular, humanista y naturalista”.<sup>41</sup> En este sentido, el asunto de la justificación de medidas excepcionales se resuelve a partir del supuesto de que su ponderación solamente puede hacerse en términos de los valores políticos; “bueno” es, pues, todo aquello que sirve a la creación, conservación y mantenimiento del Estado.

El problema que habíamos planteado frente a la concepción de la política de Maquiavelo, radica en cómo establecer límites para el uso necesario de la fuerza, en cómo hacer para que este uso no se convierta en terror perpetuo, es decir, en cómo evitar que el príncipe se convierta en tirano. Según la tesis de la autonomía de la política, en las situaciones de crisis, que son las situaciones supuestas por Maquiavelo en *El Príncipe*, las exigencias de la moral deben retroceder frente a las acciones políticas necesarias, pues los valores de la política poseen un valor más alto que los valores de la moral. Según la tesis de la moral social, el conflicto entre las alternativas representadas por los sistemas de valores de la moralidad personal y de la organización pública, se resuelve suponiendo que la vida pública tiene su propia moralidad frente a los principios cristianos (o cualquier valor personal absoluto), que tienden a ser un obstáculo; “esa vida tiene sus propias normas: no requiere terror perpetuo, pero aprueba, o cuando menos permite, el uso de la fuerza cuando es necesaria para promover los fines de la sociedad política”.<sup>42</sup>

Los escritores que representan estas dos interpretaciones aseguran que las medidas que recomienda Maquiavelo, aunque censurables en sí mismas, están destinadas al bien común. El gobernante debe respetar ese bien común. Pero ¿cómo se puede garantizar ese respeto? En *El mito del Estado* Cassirer señala que “*El Príncipe* describe con una total indiferencia, los modos y maneras por los cuales hay que alcanzar y mantener el poder político. Sobre el justo empleo de ese poder no dice ni una palabra. No restringe dicho empleo a ninguna consideración para la comunidad”.<sup>43</sup> Ahora bien, si en la concepción de Maquiavelo el uso del poder no está limitado por ninguna consideración del bien común, si no hay un límite para la acción

---

41 Isaiah Berlin. *Op. cit.*, p. 120.

42 *Ibid.*, p. 128.

43 Ernst Cassirer. *Op. cit.*, p. 168.

del Estado, esto puede querer decir, entonces, que Maquiavelo está realmente recomendando la tiranía como forma de gobierno.

Para relativizar la crítica de Cassirer y presentar la concepción de Maquiavelo sobre la relación entre el Estado y la violencia, es necesario mirar con más detalle la diferenciación entre un Estado fuerte y un gobierno tiránico. A muchos les ha fastidiado y molestado la admiración de Maquiavelo por César Borgia y esto los ha llevado a decir que es un apologista del crimen y la maldad. Para Federico II, Borgia es uno de los mayores criminales de la humanidad. En el *Antimaquiavelo* afirma que “no existe crimen alguno que César Borgia haya dejado de cometer, ninguna maldad que no haya ejecutado paradigmáticamente, ningún tipo de atentado del que no sea culpable. Hizo asesinar a su hermano, masacró a la guardia suiza del Papa, despojó a una infinidad de cardenales y hombres ricos para saciar su codicia, invadió la Romagna del Duque de Urbino y causó la muerte de Orco, su vicetirano, perpetró una horrible traición en Sinigaglia, contra algunos príncipes cuya vida creía contraria a sus intereses. ¡Las crueldades cometidas por mandato suyo son tan innumerables que nadie sería capaz de inventarlas con exactitud!”.<sup>44</sup> Pero, ¿cómo entender, se pregunta el Rey-Filósofo, que Maquiavelo, tenga a Borgia como modelo? Su respuesta afirma que *El Príncipe* no es más que un recetario de crímenes y perversidades y que su autor no es más que un desvergonzado y un infame.

El error de la apreciación de Federico II consiste en no diferenciar el significado político que tiene Borgia como estadista, del significado que tienen tiranos como Agatocles, Tarquino el Soberbio, Julio César, Mario y Oliverotto de Fermo. César Borgia estableció los fundamentos para asentar su poder en el Estado, es decir, para fundar un principado. Su preocupación primordial en la política era crear un todo social fuerte y bien gobernado. Borgia, en palabras de Maquiavelo, buscó sacar a Italia de la humillación a que la habían conducido el dominio de la iglesia y de los príncipes feudales; quiso superar la desunión entre los principados, que la hacía débil frente a las grandes potencias como Francia y España; intentó poner “fin a los saqueos de Lombardía, a las extorsiones del reino de Nápoles y de Toscana”; procuró sanarla de sus heridas y redimirla de tantas brutalidades e injurias bárbaras. Para conseguir todo esto tuvo que exterminar a todos sus posibles opositores, ganarse a la nobleza romana y adquirir suficientes poderes para resistir cualquier ataque. La realización de estos propósitos estaba determinada por la idea de que para mantenerse en el poder era necesario depender solamente del poder y la virtud propia, y no de las fuerzas de otros. Por esto, escribe Maquiavelo, “yo no sabría censurarle; sino que, por el

---

44 Federico II de Prusia. *Op. cit.*, p. 49.

contrario, creo poder proponerlo como modelo a imitar a todos aquellos que por fortuna y con armas ajenas han llegado al poder".<sup>45</sup>

Que Borgia se valió de la violencia para atemorizar a sus súbditos, a los otros reyes y príncipes, que abusó de la buena fe de los hombres, traicionó, perjuró, asesinó y que fue cruel, no lo niega Maquiavelo. Lo que dice, aunque suene terrible a los oídos de los moralistas políticos, es que las crueldades usadas por Borgia no son malas en sí mismas, e incluso pueden calificarse como buenas, pues "bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que (si del mal es lícito hablar bien) se hacen de golpe por la necesidad de afianzarse en el poder, y sobre las que luego no se insiste, sino que por el contrario se convierten, en lo posible, en una gran utilidad para los súbditos".<sup>46</sup> Por el contrario, mal usadas son aquellas crueldades que no son hechas en función de la necesidad de consolidar el poder, sino que sirven al interés privado del príncipe, que así deviene en tirano, en déspota. Los tiranos hacen un mal uso de la crueldad porque la utilizan en función de su interés particular. Los verdaderos estadistas, al valerse de la crueldad, lo hacen en función del bien común, es decir, en aras de conseguir el fin supremo político, que es el acto de fundación de un Estado o de su conservación. "Por esto un organizador prudente, que vela por el bien común sin pensar en sí mismo, que no se preocupe de sus herederos sino de la patria común, debe ingeniárselas para ser el único que detenta la autoridad y jamás el que entienda de estas cosas le reprochará cualquier acción que emprenda, por extraordinaria que sea, para organizar un reino o constituir una república. Sucede que aunque le acusan los hechos, le excusan los resultados, y cuando éstos sean buenos, como en el caso de Rómulo, siempre le excusarán, porque se debe reprender al que es violento para estropear, no al que lo es para componer".<sup>47</sup>

Así pues, el criterio que propone Maquiavelo es que hay gobernantes que utilizan el poder para componer y otros que lo hacen para estropear. Los que lo hacen para componer actúan en función del bien común; los que lo hacen para estropear no atienden a ninguna consideración sobre el justo empleo de ese poder. De esta manera podemos responder al inquietante problema planteado por Cassirer, y señalar que con este criterio Maquiavelo determina, en términos de una escala valorativa, los posibles usos del poder y la violencia.

---

45 Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe*. Op. cit., capítulo 7.

46 *Ibid.*, capítulo 8.

47 Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Op. cit., libro 1, capítulo 9.

Así, en la escala valorativa de la concepción ética presupuesta en el pensamiento político de Maquiavelo, gobiernos tiránicos son, como ya lo he dicho, el de los Tarquinos, el de Dionisio II de Siracusa y el de Pisístrato. En la tiranía no existe sino el bien particular del gobernante y el bien común es desconocido. En las tiranías sucede que lo que hacen los tiranos para sí mismos perjudica a la ciudad y lo que se hace para la ciudad los perjudica a ellos. En la medida en que entra en oposición el bien común de la ciudad con el bien particular del tirano, tiene éste, entonces, que someter, mediante la coacción y la violencia, a todos los miembros de la comunidad, para así hacer prevalecer sus intereses sobre los de la ciudad. “De modo que cuando en un estado libre surge una tiranía, el menor mal que resulta de ello es que la ciudad ya no avanza ni crece en poder o en riquezas, sino que la mayoría de las veces retrocede y disminuye. Y si quiere la suerte que alcance el poder un tirano virtuoso, que por su valor y por la fuerza de las armas extienda su dominio, esto no resultará útil para el país, sino sólo para él, porque lo que a él le conviene es mantener el estado dividido, y que cada tierra y cada provincia le reconozca sólo a él, de modo que sus conquistas sólo a él aprovechan y no a la patria”.<sup>48</sup>

Se puede concluir, entonces, que la teoría de la política de Maquiavelo no sirve para justificar todos los medios y, particularmente, los medios violentos para conseguir la instauración de un Estado y su conservación, y tampoco permite justificar la tiranía. Con el ejemplo de César Borgia queda demostrado bajo qué condiciones Maquiavelo acepta el uso de los medios violentos y la coacción estatal. La crítica de Cassirer a Maquiavelo, según la cual, en la concepción de *El Príncipe* el uso del poder no está limitado por ninguna consideración del bien común, es muy problemática si atendemos a la diferenciación entre el uso constructivo y destructivo del poder político.

---

48 *Ibíd.*, capítulo 1.